

caba»... Después, aprovechando la emoción sumisa de Gonzalo, recomenzó á glorificar á Cavalleiro sobriamente. Reconocía ciertas flaquezas. Verdaderamente, aquel modo afectado... pero ¡qué corazón! Gonzalo debía considerar todo esto.

El hidalgo, alborotado de nuevo, arguyó:

— Escuche usted, Gouveia. ¿Por qué usted, allá arriba, á la cena, no comió la ensalada de pepino? Estaba divina; hasta Videiriña apeteció. Yo repetí; acabé con la fuente. ¿Por qué fué? Porque usted tiene horror fisiológico, horror visceral al pepino. Su naturaleza y el pepino son incompatibles. No hay racionios, no hay sutilezas que lo persuadan á admitir un pepino. Usted no duda de que sea excelente, puesto que tanta gente de bien le adora; pero no puede con él... Pues yo considero á Cavalleiro como usted considera al pepino. No puedo. No hay razones que me lo disfracen. Para mí es asqueroso. No vale. Vomito. Y ahora oiga.

Entonces *Titó*, que bostezaba ya harto, intervino:

— Bien. Creo que llevamos ya buena ración de Cavalleiro. Todos somos muy buenas personas, y debemos desbandarnos ya. Yo tuve señora, tuve cena. Estoy derrengado y no tarda la ma-
drugada, ¡qué vergüenza!

El administrador clamó al cielo. ¡Diablo! y él á las nueve de la mañana, con comisión de reco-

nocimiento. Para despedirse abrazó á Gonzalo, y cuando ya el hidalgo descendía para el Cruce-ro con Videiriña (que en estas noches festivas de Villa Clara le acompañaba siempre por la carretera hasta el portón de la Torre), Juan Gouveia todavía se volvió, colgado del brazo de *Titó*, en medio de la Calzadilla, para recordarle un precepto moral «de no sé qué filósofo»:

— «No vale la pena estragar una buena comida por causa de una mala política...» Creo que es de Aristóteles.

Hasta Videiriña, que de nuevo afinaba la bandurria y se preparaba para tocar una suave melodía bajo la luna, murmuró respetuosamente entre melancólicos arpeggios:

— No vale la pena señor doctor... Realmente no vale la pena, porque en política hoy es blanco, mañana negro, y después, ¡zás!, todo es nada,

El hidalgo encogiera los hombros. ¡La política! Como si él pensase en la autoridad, en el señor gobernador civil de Oliveira, cuando injuriaba al Sr. Andrés Cavalleiro de Corinde. No; lo que detestaba era el hombre...

Pues entre ellos existía uno de esos hondos agravios por que en otro tiempo peleaban dos bandos señoriales. Y por la carretera, con la luna en lo alto de los oteros de Valverde, mientras en la bandurria de Videiriña temblaba el lloro lento del fado de Vimioso, Gonzalo Mendes recordaba á pedazos aquella historia que tanto llenara su

alma desocupada. Ramires y Cavalleiros eran familias vecinas, una con la vieja Torre en Santa Ireneia, más vieja que el reino, otra con una magnífica quinta en Corinde, y cuando él, de rapaz, arrastraba fastidiosamente sus diez y ocho años por las aulas del Liceo, Andrés Cavalleiro, estudiante entonces de tercer año, lo trataba como á un amigo serio. Durante las vacaciones, como la madre le comprara un caballo, iba todas las tardes á la Torre; y muchas veces, bajo los árboles de la quinta ó paseando por los alrededores de los Bravaes y de Valverde, le confiaba, como un espíritu maduro, sus ambiciones políticas, su deseo de hacer una vida seria, grave, bajo el patrocinio del Estado. Graciña Ramires desabrochaba el capullo de sus diez y seis años, y hasta en Oliveira la llamaban la «flór de la Torre». Todavía vivía la institutriz inglesa de Graciña, la buena de Miss Rhodes, que, como todos en la Torre, admiraba con entusiasmo á Andrés Cavalleiro por su amabilidad, su ondeada cabellera romántica, la dulzura de sus ojos y la manera ardiente que tenía de recitar á Víctor Hugo y á Juan de Deus. Y con esa flaqueza de alma y de principios que suele tenerse ante la soberanía del amor, favoreciera demoradas conversaciones de Andrés con María de Gracia, y cartas trocadas al obscurecer. Todos los domingos Cavalleiro comía en la Torre, y el viejo administrador Rebello preparaba ya mil duros para el regalo de la

«menina». El padre de Gonzalo, gobernador civil en Oliveira, enredado en política y en deudas, apareciendo tan sólo en la Torre los domingos, aprobaba esta colocación de Graciña, que melancólica y romancesca, sin madre que la velase, creaba en su vida, ya difícil, un obstáculo y un cuidado. Sin representar como él una familia de inmensa crónica anterior al Reino, de la más rica sangre de los reyes godos, Andrés Cavalleiro era un mozo bien nacido, hijo de un general, con blason legítimo en su casa apalaciada de Corinde y tierras hartas en derredor, de buena sembradura, limpias de hipotecas. Después, sobrino de Reis Gomes, uno de los jefes históricos, afiliado ya en el Partido Histórico (desde el segundo año de la Universidad), su carrera estaba marcada con seguridad y brillo en la Política y en la Administración, y en fin, María de Gracia amaba aquellos bigotes relucientes y los hombros fuertes de Hércules bien educado. Ella era pequeñita y frágil, con unos ojos tímidos que la sonrisa humedecía y enlanguidecía, una transparente piel de porcelana fina y cabellos magníficos, más lustrosos y negros que la cola de un corcel de guerra, que le rodaban hasta los pies, y en los cuales podría envolverse toda. Cuando iban ambos por las alamedas de la quinta, Miss Rhodes (á quien el padre, profesor de literatura griega en Manchester, hinchara de Mitología) pensaba siempre en «Marte, lleno de fuerza, amando á Psiquis,

llena de gracia», hasta los criados de la Torre se maravillaban de la «linda pareja». Sólo doña Joaquina Cavalleiro la madre de Andrés, señora obesa y de mal genio, detestaba aquella tierna asiduidad del hijo en la Torre, sin motivo bastante, sólo por «desconfiar de la pinta de la menina y desear nuera más de su gusto...» Felizmente, cuando Andrés Cavalleiro se matriculó en el quinto año, la desagradable señora murió de un anasarca. El padre de Gonzalo recibió la llave del féretro; Graciña vistióse de luto, y Gonzalo, compañero de casa de Cavalleiro en la calle de San Juan, púsose una gasa en la manga de la chaqueta. Inmediatamente, en Santa Ireneia pensóse que el espléndido Andrés, libertado de la oposición de la mamá, pediría á la «flor de la Torre» después de la licenciatura. Mas, terminado ese deseado acto, Cavalleiro marchó á Lisboa, porque se preparaban elecciones en Octubre, y él recibiera del tío Rei Gomes, entonces ministro de Justicia, la promesa de «ser diputado» por Braganza.

Todo ese verano lo pasó en la capital, en Coimbra, donde el negro langor de sus ojos húmedos cautivaba corazones; después, en una jornada casi triunfal, á Braganza, con cohetes y «vivas» del sobrino del señor Consejero Rei Gomes». En Octubre, Braganza «confió al Dr. Andrés Cavalleiro (como dijo el *Eco de Tras-os Montes*) el derecho de representarla en Cortes, con sus

llantes conocimientos literarios y su hermosísima presencia de orador». Recogióse entonces á Corinthe; mas en sus visitas á la Torre, donde el padre de Gonzalo convalecía de una fiebre gástrica que exarcebara su antigua diabetes, Andrés ya no arrastraba como en tiempos pasados á Graciña para las silenciosas sombras de la quinta, permaneciendo en la sala azul para conversar sobre política con Vicente Ramires. Gracia, en sus cartas á Gonzalo, que estaba en Coimbra, se lamentaba de que las visitas de Andrés á la Torre no fueran tan dulces ni tan íntimas, «porque andaba ahora estudiando para diputado...» Después de Navidad, Cavalleiro volvió á Lisboa á la apertura de Cortes, con su criado Mateo, una linda yegua que comprara en Villa Clara á Manuel Duarte, y dos cajones de libros; y la buena Miss Rhodes sustentaba que Marte, como convenía á un héroe, sólo reclamaría á Psiquis después de un noble hecho, de un discurso en las Cámaras, «un discurso lindo, todo flores». Cuando Gonzalo, por las vacaciones de Navidad apareció en la Torre, encontró á Graciña inquieta y desencantada. Las cartas de su Andrés, que se estrenara con un «lindo discurso, todo flores...», eran cada semana más cortas, más frías, y la última (que ella le enseñó en secreto), fechada en la Cámara, contaba en tres líneas mal garrapateadas que «he tenido que trabajar en comisiones, que el tiempo estaba bello, que en esa noche era

el baile de los condes de Villaverde, y que continuaba recordándola mucho su fiel Andrés. Gonzalo Mendes Ramires en esa misma tarde desahogó con el padre, que lentamente moría en su poltrona.

— Yo encuentro que Andrés se está portando muy mal con Graciña. . . ¿A papá no le parece?

Vicente Ramires apenas movió, en un gesto de vencida tristeza, aquella mano descarnada donde brillaba el viejo anillo de armas.

Por fin, en Mayo, las tareas de las Cámaras terminaron, esa sesión que tanto interesara á Graciña, ansiosa de «que acabasen de discutir y tuviesen vacaciones», y casi inmediatamente ella en Santa Ireneia y Gonzalo en Coimbra, supieron por los periódicos que «el talentoso diputado Andrés Cavalleiro partirá para Italia y Francia en un largo viaje de recreo y de estudio». ¡Y una carta á su escogida, casi á su mujer! Era un ultraje, un brutal ultraje que en el siglo xii lanzaría todos los Ramires con hombres de á caballo y peonaje sobre el solar de los Cavalleiros, para dejar á cada siervo colgado de una cuerda de cáñamo, á cada viga renegrada por la llama.

Ahora Vicente Ramires, apagado y mortalmente murmuró tristemente: «¡Qué trasto!» Gonzalo en Coimbra juró abofetear un día al infame. La butaca Miss Rhodes, para consolarse, desenterró su vieja arpa, llenando á Santa Ireneia de melancólicos arpegios, y todo terminó en las lágrimas que

Graciña, desconsolada de la vida, vertiera bajo los árboles de la quinta.

Todavía después de esos años, á este recuerdo de las lágrimas de la hermana, un rencor invadió á Gonzalo, tan redivivo, que descargó sobre los bardales un bastonazo, como si fuesen las costillas del propio Cavalleiro. Caminaban entonces junto al puente de la Portella, donde los campos se alargan, y desde la carretera se divisa toda Villa Clara, que la luna albeaba, desde el convento de Santa Teresa, junto al Crucero hasta el muro nuevo del cementerio, en lo alto con sus finos cipreses. En el fondo del valle, esclarecido también por la luna, la iglesiuca de Craquéde, Santa María de Craquéde, resto del antiguo monasterio en que yacían bajo sus rudos túmulos de granito las grandes osamentas de los Ramires Alfonsinos, recortaba su silueta en el cielo de la noche. Bajo el arco, el regato lento, arrastrándose dulcemente entre juncales, susurraba en la sombra. Videiriña, extasiado ante aquel silencio y suavidad saudosas, cantaba en un gemir sordo de bordones:

Excusadas son tus quejas,
baldíos son tus suspiros.
Que es como si un muerto fuera
por siempre desaparecido. . .

Gonzalo, retomando sus recuerdos, repasaba tristezas que cayeran después sobre la Torre. Vicente Ramires muriera en una tarde de Agosto,

sin sufrimiento, extendido en la poltrona, al balcón, con los ojos clavados en la vieja Torre, murmurándole al Padre Sueiro: «¿Cuántos Ramires vivirán todavía á su sombra?» Todas esas vacaciones las consumió Gonzalo en el despacho, solo (porque al administrador, al buen Rebello, también Dios lo llamara), revolviendo papeles, examinando el estado de la casa, reducida á dos mil duros y trescientos mil reis que rendían los foros de Craquéde, la heredad de Praga y las dos quintas históricas: Treixedo y Santa Ireneia. Cuando regresó á Coimbra, dejóse á Graciña en Oliveira en casa de una prima, doña Arminda Nunes Viegas, señora muy caudalosa, muy buena, que habitaba, en el paseo de la Loza, un inmenso caserón rodeado de árboles venerables, y lleno de retratos de antepasados, donde ella, vestida de merino negro, releía perpetuamente sus libros de Caballerías el *Amadís*, *Leandro el Bello*, *Tristán y Blancaflor*; las *Crónicas del Emperador Clarimundo*. Fué ahí donde José Barrolo (señor de una de las más ricas casas de Amarante) encontró á Graciña Ramires y la amó con una pasión profunda, casi religiosa, extraña en aquel mozo indolente, gorducho, de mejillas coloradas como una manzana, y tan escaso de espíritu, que los amigos lo llamaban «el José Bacoco». El buen Barrolo residiera siempre en Amarante con la madre; no conocía la traída novela de la «flor de la Torre», que nunca se esparciera más allá de

los cerrados árboles de la quinta y bajo el enterrecido y novelesco patrocinio de doña Arminda, noviazgo y casamiento dulcemente se apresuraron en tres meses, después de una carta de Barrolo á Gonzalo Mendes Ramires, jurando «que la afección pura que sentía por la prima Gracia, por sus virtudes y otras cualidades respetables, era tan grande que no hallaba en el diccionario términos para explicarla...» Hubo una boda lujosa, y los novios, por deseo de Graciña, después de una jornada filial en Amarante, «armaron su nido» en Oliveira, esquina al paseo del Rey y á la calle de las Tecedeiras, en un palacete que Barrolo heredara con algunas tierras de su tío Melchor, deán de la Catedral. Dos años corrieron mansos, sin historia, y Gonzalo Mendes Ramires pasaba justamente en Oliveira las últimas vacaciones de Navidad, cuando Andrés Cavalleiro, nombrado gobernador civil del distrito, tomó posesión estruendosamente, con cohetes, músicas, el Gobierno civil y el Palacio del Obispo iluminados, y las armas de los Cavalleiros en transparentes en el café de la Arcada y en la Recebedoria. Barrolo conocía á Cavalleiro casi íntimamente, admiraba su talento, su elegancia y su brillo político.

Pero Gonzalo Mendes, que dominaba soberanamente al buen Bacoco, intimólo á no visitar al señor gobernador civil, á no saludarlo siquiera en la calle y á participar, por deber de alianza, de

los rencores que existían entre Cavalleiros y Ramires. José Barrolo cedió sumiso, espantado, sin comprender. Después, una noche en el cuarto, poniéndose las zapatillas, contó á Graciña «la exquisitez de Gonzalo».

— Y sin motivo, sin ofensa, sólo por causa de la política. ¡Un rapaz como Cavalleiro! ¡Podíamos tener unas reuniones tan agradables!

Otro sereno año pasó, y en esa primavera en Oliveira, donde se demorara para la fiesta onomástica de Barrolo, he aquí que Gonzalo sospecha, escudriña y descubre una incomparable infamia. El arrogante hombre del bigote negro, el Sr. Andrés Cavalleiro, recomenzara con soberbia imprudencia á cortejar á Graciña Ramires, de lejos, mudamente, con miradas hondas, cargadas de langor, procurando ahora cogerse como amante aquella gran hidalga, aquella Ramires, que desdeñara como esposa.

Tan abstraído iba Gonzalo por la blanca carretera, repasando amargamente estos pensamientos, que no reparó en el portón de la Torre ni en la portezuela verde que hay en la esquina de la casa, y seguía á lo largo del muro de la huerta, cuando Videiriña, que quedara con los dedos mudos en los bordones de la bandurria, le avisó riendo:

— Señor doctor, ¿marcha á estas horas para los Bravaes?

Gonzalo paró bruscamente despertado, bus-

cando en el bolsillo, entre el dinero suelto, la llave de la puertuca:

— Ni reparaba. ¡Qué lindamente tocó usted hoy, Videiriña! Con luna, después de la cena, no hay compañero más poético. Realmente usted es el último trovador portugués.

Para el mancebo de farmacia, hijo de un panadero de Oliveira, la familiaridad con aquel tamaño hidalgo que le apretaba la mano en la botica delante de Pires, el boticario, y en Oliveira delante de las autoridades, constituía una gloria, casi una coronación, siempre nueva, siempre deliciosa.

Sensibilizado, hirió de nuevo los bordones:

— Para acabar, allá va la gran trova, señor doctor.

Era su famosa cantiga el *fado de los Ramires*, rosario de heroicas estrofas, celebrando las leyendas de la casa ilustre, que él, desde hacía meses, depuraba y completaba, ayudado en la tierna tarea por el saber del viejo Padre Sueiro, capellán y archivero de la Torre.

Gonzalo empujó la puerta verde. En el corredor expiraba una lámpara mortecina, ya sin aceite, junto al crucifijo de plata, y Videiriña, retrocediendo hacia el medio de la carretera con un «dlin don» ardiente, miró á la Torre, que por cima de los tejados de la vasta casa se destacaba en el luminoso silencio del cielo de verano. Después comenzó á lanzar á la Torre y á la luna en-

dechas glorificadoras, en la doliente melodía de un fado de Coimbra, rico en ayes:

Quien te verá sin turbarse,
Torre de Santa Ireneia,
Así tan negra y callada,
En noches de luna llena.
¡Ay! Así callada y tan negra,
Torre de Santa Ireneia.

Todavía suspendió su melodía para mostrar reconocimiento al hidalgo, que le convidaba á subir y libar una copa de ginebra salvadora, y mientras Gonzalo, con disculpas al trovador «por cerrar la puerta del castillo», desaparecía, Videiriña, arrebatado por el prestigio de las leyendas, retomaba el ritmo de este modo:

Tienes ya, fuerte y soberbia,
Una historia en cada almena,
Torre más vieja que el reino,
Torre de Santa Ireneia.

Y comenzara la estancia de Muncio Ramires, *Diente de Lobo*, cuando encima una sala, abierta á la frescura de la noche, se alumbró, y el hidalgo de la Torre, con el cigarro encendido, de bruce sobre el balcón, se disponía á recibir la serenata. Más ardiente, casi sollozante, vibró el cantar de Videiriña. Ahora eran las estrofas de Gutierrez Ramires en Palestina, sobre el monte de las Olivas, á la puerta de su tienda, delante de los barones que lo aclamaban con las espadas desnudas,

das, recusando el ducado de Galilea y las tierras de allende el Jordán. Que no podía aceptar tierra, siquiera ella fuese santa, de Galilea...

Quien ya tiene en Portugal
Tierras de Santa Ireneia.

— Buena salida, murmuró Gonzalo.

Videiriña, entusiasmado, entonó luego otra estancia nueva, trabajada en esa semana: la de Aldonza Ramires, Santa Aldonza, traída desde el monasterio de Arouca al solar de Treixedo, sobre el catre en que muriera, á hombros de cuatro reyes.

— ¡Bravo!, gritó el hidalgo. Esa es famosa. Pero hay reyes de más. ¡Cuatro reyes!

El mancebo de botica lanzó tras ésta otra ya antigua: la de aquel terrible Lopo Ramires, que, muerto, se levantara de su tumba en el monasterio de Craquéde, montara un jinete muerto y toda la noche galopara á través de España para batirse en las Navas de Tolosa. Carraspeó y más llorosamente atacó la del *Descabezado*:

Pasa la negra figura...

Pero Gonzalo, que abominaba aquella leyenda la silenciosa figura, errando en las noches de invierno por entre las almenas de la Torre con la cabeza en las manos, despegóse del balcón y detuvo la crónica.

— Tocan á dormir, Videiriña, ¿no le parece?

Pasa de las tres; es un horror. Mire: *Titó* y *Gouveia* comen aquí el domingo. Venga también con la bandurria y la cantiga nueva, pero menos siniestra. . . ¡*Bona sera!* ¡Qué linda noche!

Tiró el cigarro, cerró la vidriera de la sala, de la «sala vieja», toda revestida de esos denegridos y tristes retratos de Ramires, que él desde pequeño llamaba *las carantoñas de los abuelos*. Y, atravesando el corredor, todavía sentía rodar á lo lejos, en el silencio de los campos cubiertos de luna, hazañas rimadas de los suyos:

¡Ay! Allá en la gran batalla,
¡Ay! del rey D. Sebastián,
Un joven de los Ramires. . .

Ya en la cama, apagada la vela, después de una rápida señal de la cruz, el hidalgo de la Torre adormeció. Mas en el cuarto, que se pobló de sombras, comenzó para él una noche revuelta y pavorosa. Andrés Cavalleiro y Juan Gouveia rompieran por la pared, revestidos de cotas de malla, montados en horrendas langostas asadas, y lentamente sentía en su pobre estómago pinchazos como de una lanza que lo hacían gemir y retorcerse sobre el lecho de palosanto. Después se le aparecía en la Calzadilla de Villa Clara el aterrador Ramires muerto, con la osamenta crujiendo dentro de la armadura, y el rey D. Alfonso II mostrando afilados dientes de lobo, que lo arrastraban furiosamente hacia la batalla de las

Navas. El resistía llamando á Rosa, á Graciña, á *Titó*. Pero D. Alfonso, tan fuerte embestida le daba en los riñones con su guante de hierro, que lo lanzaba desde la hostería de Gago hasta Sierra Morena, al campo de la lid, lleno de pendones y de armas. Inmediatamente su primo de España Gomes Ramires, maestro de Calatrava, arrogante sobre un negro corcel, le arrancaba los últimos cabellos entre la retumbante algarada de toda la hueste sarracena y los gritos de la tía Louredo, traída en unas andas á hombros de cuatro reyes. . . Por fin, molido, sin sosiego, ya con la madrugada clareando en las rendijas de las ventanas, y las golondrinas piando en los aleros de los tejados, el hidalgo de la Torre salióse de la cama, abrió la vidriera y respiró deliciosamente el silencio, la frescura y el reposo de la quinta. Pero ¡qué sed! Una sed desesperada que le cortaba los labios. Recordó entonces el famoso *fruit salt* que le recomendara el Dr. Mattos, arrebató el frasco, corrió al comedor en camisa á echar dos cucharadas de polvos en una copa de agua de Bica-Vieja, que vació de un trago.

— ¡Ah, qué consuelo, qué rico consuelo!

Volvióse á la cama y readormeció luego, muy lejos, sobre las hierbas profundas de un prado de Africa, debajo de cocoteros susurrantes, aspirando el apimentado aroma de las radiosas flores que brotaban entre pedruscos de oro. De esa perfecta beatitud arrancóle Benito al medio día,

inquieto con «aquel tardar del señor doctor».

— ¡Es que pasé una noche horrenda, Benito! Pesadillas, pavores, bullas, esqueletos. Fueron los malditos huevos con chorizo y el pepino... Sobre todo el pepino. Una idea de aquel animal de *Titó*. Después de madrugada tomé el *fruit salt*, y estoy óptimo hombre. Estoy optimísimo. Hasta me siento capaz de trabajar. Lleva para la librería una taza de té verde muy fuerte. Lleva también torradas.

Momentos después, en la librería, con un ropón de franela sobre la camisa de dormir, sorbiendo lentamente el té, Gonzalo releía junto al balcón esa última línea de la novela, tan garrapeada y pobre, en que «los largos rayos de luna se estiraban por la larga sala de armas». De repente, en una impresión de claridad, entrevió detalles expresivos para aquella noche de castillo y de verano, las puntas de las lanzas brillando y el chirrido triste de las ranas en las orillas lodosas de los fosos.

— Buenos rasgos.

Sentóse en la butaca, consultó todavía en el volumen del *Bardo* el poemeto del tío Duarte, y, desentumecido, sintiendo las Imágenes y los Decires surgir, como olas de un agua represa que revienta, atacó ese lance del Capítulo primero en que el viejo Tructesindo Ramires, en la sala de armas de Santa Ireneia, conversaba con su hijo Lorenzo y su primo D. García Viegas, *el Sabedor*,

de aprestos de guerra. ¡Guerra! ¿Por qué? ¿Acaso por los cerros corrían ligeros entre el arbolado almogávares moros? No. Mas, desgraciadamente, «en aquella tierra, ya redimida y cristiana, en breve se cruzarían, unas contra otras, nobles lanzas portuguesas».

¡Lodo sea Dios! La pluma desemperezara, y atento á las páginas marcadas en un tomo de la *Historia* de Herculano, esbozó con seguridad la época de su novela, era la de las discordias de Alfonso II y de sus hermanos por causa del testamento del rey su padre D. Sancho I. En ese comienzo de capítulo, ya los infantes D. Pedro y D. Fernando andaban por Francia y León, y con ellos abandonara el Reino el fuerte primo de los Ramires, Gonzalo Mendes Souza, jefe magnífico de la casa de los Souzas, y ahora, encerradas en los castillos de Monte-Mayor y de Esgueira, las señoras infantas, doña Teresa y doña Sancha, negaban á D. Alfonso el señorío real sobre las villas, las fortalezas, las heredades, los monasterios que tan copiosamente les donara el rey su padre. Ahora bien, antes de morir en el Alcázar de Coimbra, el Sr. D. Sancho suplicara á Tructesindo Ramires, su alférez mayor, por él armado caballero en Lorvao, que siempre sirviese y defendiese á la hija amada entre todas, á la infanta doña Sancha, señora de Aveyras. Así lo jurara el leal Rico-hombre junto al lecho donde, en brazos del obispo de Coimbra y del prior del

Hospital, agonizaba, vestido como un penitente, el vencedor de Silves. Mas he aquí que rompe la fiera contienda entre Alfonso II, ásperamente ocioso de su autoridad de rey, y las infantas, orgullosas, impelidas á la resistencia por los frailes y por los prelados á quien D. Sancho legara tan vastos pedazos de reino. Inmediatamente Alenquer y los alrededores de otros castillos son devastados por la hueste real, que se recogía de las Navas de Tolosa. Entonces, doña Sancha y doña Teresa apelan al rey de León, que entra con su hijo D. Fernando por tierras de Portugal á socorrer á las «señoras oprimidas». Y en este lance, el tío Duarte, en su *Castillo de Santa Ireneia*, interpelaba con soberbio garbo al alférez-mayor de Sancho I:

¿Qué harás tú, oh magnánimo Ramires?
Si al pendón leonés juntas el tuyo
Eres un vil; traicionas al rey vivo.
Mas si no acorres luego á las Infantas
Rompes lo que juraste al rey que ha muerto...

Esta duda, sin embargo, no angustiara el alma de ese Tructesindo, rudo y leal, que el hidalgo de la Torre maravillosamente modelaba. En esa noche, apenas recibiera por el hermano del alcaide de Aveyras, disfrazado de monje, un recado de la señora doña Sancha, ordenaba á su hijo Lorenzo que al primer arrebol, con 15 lanzas, 50 hombres de á pie y 40 ballesteros corriese sobre

Monte-Mayor. El, en tanto, convocaría á la guerra para juntarse con los parientes de solar, caballeros y flecheros, á su primo *Souzão*, que en la vanguardia de los leoneses descendía de Alva-del-Duero.

De madrugada ondeaba ya el pendón de los Ramires, azor negro en campo escarlata, y amarrado al asta por una correa de cuero, relucía el viejo emblema señorial, el sonoro y hondo caldero pulido. Por todo el castillo se apresuraran los escuderos arrastrando con fragor sobre las losas los pesados sayos de mallas de hierro. En los patios, los armeros aguzaban las lanzas, amenguando también la dureza de las cotas con estopa. Preparábanse viandas para dos días, y por todos los alrededores de Santa Ireneia, en la dulzura de la tarde, los atambores moriscos, apagados bajo los árboles, ¡tararám! ¡tararám!, ó más sonoros en los cerros ¡ratantám! ¡tararám!, convocaban á los caballeros y al peonaje de la mesnada de los Ramires.

En tanto, el hermano del alcaide, disfrazado de monje, volvía al castillo de Aveyras con la nueva de los pronto auxilios... Aquí, para alegrar tan sombrías vísperas de guerra, el tío Duarte, en su poema, engastara un lance de galanía.

A la moza que en la fuente llena el cántaro,
El fraile roba un beso y...

Gonzalo dudaba en manchar con un beso de clérigo la pompa de aquella hermosa página... y mordía pensativamente el extremo de la pluma, cuando la puerta de la librería se abrió.

— El correo.

Era Benito con los periódicos y dos cartas. El hidalgo rompió una lacrada con el enorme escudo de armas de Barrolo.

— ¡Diablo! — exclamó. — ¿A cuántos de mes estamos hoy? ¿A 14?

Benito esperaba con la mano en la llave de la puerta.

— Pues pronto son los años de la hermana Gracia. De todo me olvido, y sin tener un regalo decente...

La víspera en el Casino, á la mesa de juego, Manuel Duarte había anunciado un viaje de tres días á Lisboa para tratar del empleo de su sobrino en Obras públicas. Corría, pues, á Villa Clara á pedir al Sr. Manuel Duarte que le comprase una bonita sombrilla de seda blanca con encajes.

— El Sr. Manuel Duarte tiene gusto, tiene mucho gusto. Entonces, á Joaquín que no ensille la yegua; ya no voy á ver á Sanches Lucena. ¿Cuándo pagaré esa visita infame? Hace ya tres meses. En fin, por dos días más, la bella doña Ana no envejece, y el viejo Lucena tampoco muere.

Y el hidalgo de la Torre, que se decidiera por

el beso frailuno, retomó la pluma, redondeando el final con elegante armonía:

«La moza furiosa grita: ¡Huye! ¡Huye! ¡Villano! Y el fraile marcha bajo la sombra de las altas hayas mientras que por todo el fresco valle hasta Santa María de Craquéde, los atambores moriscos, ¡tararám!, ¡ratantám!, convocaban á la mesnada de los Ramires en la dulzura de la tarde...»

